

# EL ANALISIS DE LAS ELITES POLITICAS EN LAS DEMOCRACIAS

Por EDURNE URIARTE

## SUMARIO

EL DIFÍCIL CAMINO DEL CONCEPTO DE ÉLITE POLÍTICA.—LAS ÉLITES ESTRATÉGICAS.—LA DEFINICIÓN E IDENTIFICACIÓN DE LA ÉLITE POLÍTICA.—¿CÓMO SON LOS MIEMBROS DE LAS ÉLITES POLÍTICAS?—PROFESIONES DE LOS POLÍTICOS Y PROFESIONALIZACIÓN DE LA POLÍTICA.—RECLUTAMIENTO Y CIRCULACIÓN DE LAS ÉLITES POLÍTICAS.—NUEVAS TENDENCIAS Y NUEVOS CAMPOS EN LA INVESTIGACIÓN DE LAS ÉLITES POLÍTICAS.

### EL DIFÍCIL CAMINO DEL CONCEPTO DE ELITE POLITICA

Las dos grandes respuestas que ha elaborado el análisis de la política para responder a las cuestiones básicas en torno al poder, es decir, quién posee el poder y cuáles son los elementos que permiten poseerlo, han tenido distinta suerte a lo largo de este siglo. Mientras las respuestas de Karl Marx en torno a la noción de clase social han recibido una gran aceptación en el mundo académico e intelectual, las reflexiones de los teóricos clásicos de las élites, y, muy especial, de su principal representante, Vilfredo Pareto, sobre la separación de la sociedad en élites y masas, se han enfrentado a muchas más dificultades para extender su influencia.

¿Cuáles son las razones de este diferente éxito de ambas respuestas? Habría que buscar una primera explicación en el pesimismo de los teóricos de las élites. Pareto, Michels y Mosca eran pesimistas respecto a la posibilidad de realización de la utopía socialista. Pero, además, extendían este pesimismo a las utopías liberal y democrática, y, con ello, estos autores pasaban a engrosar probablemente el grupo de los pensadores ingratos, de los pensadores difíciles de asimilar por su ruptura con las esperanzas de sociedades futuras más justas e igualitarias. Esta contradicción que representaban los elitistas clásicos sobre todo, y también Weber en cierta medida, respecto a las utopías dominantes de finales del siglo XIX y primera mitad del XX

explica en buena medida los problemas de penetración de las teorías de estos autores respecto a otros más *optimistas* (1).

Marx tenía algunas cosas en común con la ilustración y el liberalismo. No sólo se trataba de la creencia en la necesidad de desarrollar una ciencia real y positiva, sino sobre todo de la confianza en el futuro y en el progreso. La ilustración creía en el progreso del conocimiento y el avance infinito hacia la mejora social y moral y el liberalismo creía en una sociedad civil formada por ciudadanos libres y pensantes que decidían y controlaban el poder político. La interpretación de Marx sobre la sociedad era sustancialmente diferente a la del liberalismo, pero tenía un punto importante en común: la confianza enorme en un futuro transformado y mejor (2). Eso sí, sobre bases muy diferentes. Porque Marx creía en la revolución del proletariado y en el fin del capitalismo. Pensaba que llega un momento en que las fuerzas productivas se convierten en fuerzas destructivas, un momento en que surge una clase que desarrolla la conciencia de que es necesaria una revolución radical que debe dirigirse contra la clase dominante. La revolución comunista elimina la actividad anterior, suprime el Estado y suprime la dominación de todas las clases, al acabar con las clases mismas. De todo este proceso nace la utopía de la sociedad comunista, esa sociedad donde se logra la igualdad absoluta y donde desaparecen la opresión y la injusticia.

Frente a esta visión del futuro, las teorías sobre la inevitabilidad de las élites, en los partidos, en la política o en la sociedad, eran mucho más impopulares que las promesas de igualdad de la teoría marxista, pero aumentaron su correlato empírico a medida que avanzaba el siglo xx (3). Es imposible terminar con la separación de élites y masas, decían; en todas las organizaciones se forman oligarquías. Pareto pensaba que la revolución comunista era un *espejismo decepcionante* que nunca se tornaría en realidad: *se parece a la edad de oro de los milenaristas, siempre esperada, siempre perdida entre las brumas del porvenir, que siempre escapa a sus fieles en el mismo momento en que la creen poseer* (4). Creía que en el socialismo y en buena parte de sus teorías había fe, una concepción religiosa de la sociedad y de su futuro, y no un intento frío y objetivo de conocer la realidad social. Por eso pensaba

---

(1) Señalaba ETTORE ALBERTONI que en el plano ideológico hablar de elitismo implica desencadenar muchas reacciones emotivas y apuntaba que afrontar el tema del elitismo quiere decir, sobre todo, *salir de la paralizante y mistificada visión que quisiera hacer de esta corriente de pensamiento una moderna teoría, puesta al día, de predominio aristocrático y jerárquico sobre las masas populares*, en E. A. ALBERTONI: «Teoría de las élites y elitismo», *Sistema*, núm. 83, marzo, 1988.

(2) RAFAEL DEL AGUILA decía, refiriéndose al sueño utópico de la razón en Marx que *hay aquí indudablemente un espacio de confianza en la historia como potencia liberadora de la razón a través de la evolución y el progreso (...) Lo que en su intento persigue es dar una base material a los sueños racionales de liberación del hombre*, en R. DEL AGUILA: «Crítica y reivindicación de la utopía: la racionalidad del pensamiento utópico», *Reis*, 1984.

(3) Como señalaba SUZANNE KELLER: «Perhaps their chief contribution is the insistence that a ruling class or élite is an inevitable feature of complex societies and not, as Marx argued, a passing phase in human history», en S. KELLER: *Beyond the Ruling Class*, Random House, New York, 1963, pág. 13.

(4) V. PARETO: *Escritos sociológicos*, Alianza, Madrid, 1987, pág. 106.

que teorías como la de la revolución comunista entraban en el ámbito de las creencias, pero no en el del análisis de los hechos. Michels apuntaba que las tendencias hacia la formación de oligarquías eran iguales o mayores en los partidos socialistas y de ello deducía que las utopías socialistas quedaban negadas por la propia dinámica de las organizaciones de partido (5).

El escepticismo de los elitistas clásicos no se dirigía solamente hacia el socialismo. También apuntaba a la democracia. Si hay élites y masas, no hay ciudadanos iguales, no hay opinión pública que controle al Estado o a las élites políticas, no hay sociedad civil formada por ciudadanos iguales y racionantes. Según Michels, la democracia estaba en decadencia desde el momento en que se desarrollaba el liderazgo político profesional. En una época en la que todavía se discutía sobre las posibilidades de la democracia directa, negar la utopía de la igualdad democrática total de los ciudadanos era complicado y arriesgado.

El pesimismo de los elitistas clásicos les pasó su factura a lo largo de todo el siglo. Pero había otras razones que dieron lugar a la impopularidad de estos pensadores en muchos círculos académicos. Eva Etzioni-Halevy ha realizado un análisis muy sugerente de esas razones y ha llegado a la conclusión de que lo que se ha producido es un efecto eclipsador por parte de la teoría de la clase social sobre la teoría de las élites. Etzioni-Halevy ha explicado brillantemente las causas de un efecto que ella aprecia en todas las ciencias sociales. Apunta esta autora cuatro motivos principales: 1) el efecto de los padres fundadores: cada teoría es afectada por el *status* del padre fundador y es claro que Marx tiene mucho *mejor imagen* que Pareto; 2) el efecto de la ideología: Marx desarrolló su teoría en conexión con la ideología socialista, pero Pareto estuvo en algunos momentos cercano al fascismo, y, aunque luego se separó, el daño fue irreparable, y, además, parece que algunos representantes del fascismo europeo vieron con simpatía sus teorías. Como señala agudamente Etzioni-Halevy, el marxismo también se relacionó con regímenes dictatoriales, pero muchos pensadores se aprestaron a señalar que eso no tenía nada que ver con la teoría original de Marx. En cambio, muy pocos osaron argumentar que los fascismos tenían poco que ver con las teorías de los elitistas clásicos; 3) los problemas de la terminología: Pareto otorga connotaciones positivas al término de élite y, además, este concepto tiene menos capacidad que el de clase para abarcar a todas las categorías sociales y, sobre todo, para analizar a todos los que están en las posiciones más bajas; 4) el descuido del *público*: en el marxismo la clase trabajadora se dibuja como activa y capaz de luchar para cambiar su destino, es decir, el concepto aparece como igualitario y democrático. En cambio, en la teoría de las élites la no-élite es dibujada como pasiva y apática y, además, como esta teoría no ha conceptualizado el conflicto entre élites y no-élites, nunca ha alimentado la esperanza de terminar con las élites (6).

(5) R. MICHELS: *Los partidos políticos*, Amorrortu, Buenos Aires, 1979, 2 tomos.

(6) E. ETZIONI-HALEVY: *The Elite Connection*, Polity Press, Cambridge, 1993. En un sugerente artículo, Joseph Femia se pregunta por las razones de la escasa atención académica que ha recibido Pareto

Merece la pena extenderse sobre algunos de los motivos apuntados por Etzioni-Halevy, y cabe añadir, además, dos factores más. En primer lugar, uno de los temas clave que apunta esta autora es el de la ideología de los elitistas clásicos. Y esto nos remite, a su vez, a otras dos cuestiones: 1) ¿en qué medida estuvieron los elitistas clásicos vinculados al fascismo?, y 2) ¿invalida la ideología política de un pensador la validez de sus teorías? Muchos han sido los comentarios y las respuestas que se han lanzado sobre la primera pregunta. La impresión que se deriva de todos ellos es que no está ni mucho menos clara la vinculación de los elitistas clásicos con el fascismo. María Luz Morán, una buena conocedora de los elitistas clásicos, señala que su actitud con relación al régimen fascista no fue nunca de clara adhesión, salvo quizá en el caso de Michels. Según Morán, Pareto no vivió lo suficiente para asistir al desarrollo del fascismo por lo que sólo quedan de él algunas declaraciones aisladas de complacencia, pero no hechos concretos; y Mosca adoptó posturas cada vez más críticas respecto al fascismo y se convirtió en uno de los mayores adversarios del régimen de Mussolini (7).

Por lo tanto, no todos los elitistas clásicos estuvieron vinculados ideológicamente al fascismo, pero sí uno de ellos. Otro, además, coqueteó en algún momento. Y según algunas versiones, algunos fascistas acogieron con agrado las teorías de las élites (8). Es decir, si hubo algún tipo de relación ideológica entre los elitistas clásicos y el fascismo. Ahora bien, ¿anula esta relación la calidad de sus teorías? Y con ello nos situamos de lleno en un debate que surge una y otra vez en el mundo intelectual: ¿deja un autor de ser válido si ha tenido alguna conexión con ideologías y movimientos antidemocráticos? Muchas personas piensan que sí (9). Son aquellas para las que no es posible separar el análisis científico de los valores ya que consideran que estos valores influyen irremediabilmente en el contenido y orientaciones de su obra y eso tiene una influencia, pernicioso, claro está, en la sociedad.

La ideología de los elitistas clásicos no es, sin embargo, el único problema al que se han enfrentado sus teorías en su proceso de penetración en el mundo acadé-

---

a pesar de ser uno de los fundadores de la moderna ciencia social. Femia pone el ejemplo de David Held, un teórico de gran reputación, del que señala: en un libro de 321 páginas titulado *Models of Democracy* no hay una sola mención a Pareto. A partir de éste y otros muchos ejemplos, Femia se pregunta: *Why has Pareto been «put in quarantine»?*; en J. FEMIA: «Pareto's Concept of Demagogic Plutocracy», *Government and Opposition*, vol. 30, núm. 3, Summer, 1995.

(7) M. L. MORÁN: *El origen histórico y gnoseológico de la teoría de las élites*, Universidad Complutense, Madrid, 1983. Esta simpatía del fascismo respecto a las teorías elitistas no ha sido, en todo caso, suficientemente documentada. Así, GIOVANNI SARTORI y NORBERTO BOBBIO la niegan a partir de una amplia evidencia que la desmiente, en G. SARTORI: *Teoría de la democracia*, tomo I, Alianza, Madrid, 1988, pág. 203.

(8) CARLOS MOYA señalaba en unas páginas críticas respecto a las teorías elitistas que *élite y elitismo son términos cuyo éxito retórico se alcanza en el contexto histórico del fascismo europeo, brincando sobre los últimos restos del pensamiento liberal conservador*, en C. MOYA: *Señas de leviatán*, Alianza, Madrid, 1984, pág. 83.

(9) Como señala JOSEPH FEMIA, aplican el principio de *bad man, bad theory*, en J. FEMIA: *op. cit.*, pág. 371.

mico. Al margen de los otros factores ya apuntados por Etzioni-Halevy, se podrían sugerir dos más: 1) la ideología de los miembros del mundo académico e intelectual, y, 2) el problema de las teorías de las cualidades innatas. El primer factor es esbozado por Etzioni-Halevy, pero no está suficientemente desarrollado si tenemos en cuenta su importancia. Es conocido el izquierdismo predominante en el mundo académico en la segunda mitad de este siglo (10). Esto explica en parte la enorme penetración de Marx en el mundo académico e intelectual y también explica las paralelas complicaciones para la acogida de las teorías sobre las élites. Se lee, se explica y se difunde no siempre lo que parece más relevante intelectual y científicamente, sino lo más cercano a nuestros valores. La objetividad total en la ciencia, también en las ciencias *duras*, es probablemente una utopía ya que los valores influyen inevitablemente, si no en todo el proceso, sí en el inicio de ese proceso, es decir, en la selección del tema a estudiar e investigar. Y durante mucho tiempo a muchos académicos les pareció muy difícil asumir las posibilidades del concepto de élite, junto a, o antes que, el concepto de clase.

El problema de la teoría de las cualidades innatas ha tenido también su influencia. Afirmaciones como la que *Guste o no guste a ciertos teóricos, es un hecho que la sociedad humana no es homogénea, que los hombres son distintos física, moral e intelectualmente; pretendemos estudiar los fenómenos reales y, por lo tanto, tenemos que tener en cuenta este hecho* (11) han tenido una complicada acogida. Las ciencias sociales de este siglo han rechazado virulentamente todas las teorías que hablaran de cualidades innatas, o de diferencias de capacidades entre los individuos, producto de la naturaleza, y no de la sociedad. Por dos motivos: *a)* algunas de esas teorías han servido para justificar el racismo y han alimentado ideologías de extrema derecha, y *b)* son explicaciones que cuestionan las pretensiones totalizadoras de la teoría de que es la sociedad la que moldea a los individuos, tan apreciada por las ciencias sociales, entre otras cosas porque en esa teoría se sustenta su propia razón de ser.

Ambas razones han sido muy queridas para científicos sociales e intelectuales en general. No les han faltado motivos importantes para creer en la primera, ya que todos ellos son hijos de un tiempo en el que algunas ideologías han utilizado la coartada de las diferencias físicas entre los individuos como bases de justificación para la discriminación y la violencia. Las creencias en las teorías de la superioridad de la raza blanca o de la aria sobre las demás han justificado algunos de los más atroces crímenes de la humanidad, y la prevención frente a la alusión a los rasgos biológicos ha sido la comprensible consecuencia de este proceso.

Por otra parte, los escasos avances en el conocimiento de la genética hasta finales del siglo han posibilitado el desprecio de la posible importancia de los rasgos puramente individuales frente a los sociales. Hay intereses *corporativos* que explican

---

(10) Me refiero al izquierdismo de los intelectuales en E. URIARTE, «Los intelectuales y la política en la España actual», *Sistema*, núm. 117, noviembre, 1993 y en E. URIARTE, «Intelectuales vascos, política y nacionalismo», *Revista de Estudios Políticos*, núm. 88, abril-junio, 1995.

(11) V. PARETO: *Forma y equilibrio sociales*, Alianza, Madrid, 1980, pág. 63.

este desprecio: las ciencias sociales tienen su razón de ser en el estudio del proceso de moldeamiento de los individuos por parte de la sociedad. Los avances de la genética son, por lo tanto, potencialmente *peligrosos*. Pero, además, la teoría del individuo como tabla rasa sobre la que dibuja la sociedad ofrece muchos menos problemas para las posibilidades de realización de las utopías, tanto democrática como comunista. Si los individuos son iguales, la igualdad es posible siempre que se resuelvan los constreñimientos impuestos por la estructura social. Pero si los individuos no son iguales, la igualdad total deja de ser posible por mucho que se cambie la estructura de la sociedad, de la política o de la economía.

Todos estos factores explican que los caminos recorridos por el término de élite hayan sido mucho más complicados que los andados por el de la clase social. Como ha señalado Eva Etzioni-Haley *For all these reasons, class theory came to be regarded as progressive, egalitarian and democratic, while élite theory has come to be regarded as conservative, elitist, inegalitarian and undemocratic. For many intellectuals élite theory, no less than elitism, has come to be a pejorative term. Through all this, the less than brilliant careers of the term élite and of élite theory have been perpetuated into the present, and both have been partly delegitimized and marginalized in the social sciences today* (12).

#### LAS ELITES ESTRATEGICAS

Por lo tanto, el análisis de las élites se ha abierto camino con dificultades. Pero a medida que transcurría el siglo, algunos con más entusiasmo y otros con resignación, han terminado por aceptar la necesidad del concepto de élite. Hay una percepción de inevitabilidad de las élites y hay una aceptación de ese proceso histórico lo mismo que la ha habido de la inevitabilidad de la burocracia que hace tanto tiempo había anunciado Weber. Incluso muchos de los que acogieron con frialdad o rechazo las teorías de los llamados elitistas clásicos han claudicado ante la utilidad de la noción de élite. Y no sólo desde las filas de los seguidores de la democracia elitista pluralista, sino también entre autores influidos por el marxismo.

En este contexto, se han realizado numerosas investigaciones, tanto de las élites políticas como de las económicas o las culturales. En todos ellos se puede apreciar un consenso generalizado sobre algunas ideas básicas, sobre todo alrededor de la noción de que las sociedades están divididas entre minorías poderosas y grandes masas influidas por esas minorías. Las perspectivas varían a la hora de analizar las bases de la formación y mantenimiento de esas minorías, el papel de esas minorías o las consecuencias de su existencia o de sus actos para la democracia. Y, claro está, hay diferencias importantes en la identificación de las élites esenciales o estratégicas (13) y en los enfoques de la investigación. Comencemos por analizar los proble-

(12) E. ETZIONI-HALEVY: *op. cit.*, pág. 28.

(13) En la literatura sobre las élites hay una aceptación generalizada del afortunado concepto de *élites estratégicas* que a principios de los sesenta definió SUZANNE KELLER como aquellas élites que

mas básicos planteados, es decir, la definición del concepto de élite y la identificación de las élites.

Entre las numerosas propuestas de definición de las élites no hay discrepancias de fondo respecto a aquella definición de Pareto según la cual hay dos estratos de población, el estrato inferior o la clase no selecta y el estrato superior, la clase selecta o élite que se divide, a su vez, en dos, la clase selecta de gobierno y la clase selecta no de gobierno (14). Desde entonces, los analistas de las élites, a partir de la idea del papel esencial de las élites en la sociedad (15), han ofrecido variaciones sobre esa misma noción básica. Tom Bottomore se quedó con una definición escueta y simple. Señaló que la palabra élite designa los grupos funcionales que, por la razón que sea, ocupan en la sociedad un rango social elevado (16). Thomas Dye identificó a los miembros de las élites como aquellos que poseen *the formal authority to direct, manage, and guide programs, policies, and activities of the major corporate, governmental, legal, educational, civic and cultural institutions in the nation* (17).

Si en la definición de la noción de élite o élites no hay diferencias importantes, éstas surgen, sin embargo, no sólo a la hora de valorar el papel de esas minorías, sino también a la hora de caracterizar su composición y estructura. Las diferencias no sólo radican entre los que piensan que hay una élite del poder, poderosa y cohesionada, como Wright Mills, y aquellos otros, como los teóricos de la democracia competitiva, para quienes hay varias élites que compiten entre sí y, además, en esa competencia se sustenta, entre otros factores, la democracia. Las diferencias surgen también cuando se definen los grupos esenciales que componen la élite o las élites del poder. Wright Mills incluye dentro de las posiciones más elevadas de la élite del poder a la élite política, económica y militar (18). Otras élites como las intelectuales estarían, para este autor, en posiciones subordinadas a ese núcleo esencial de la élite del poder (19). La posición más aceptada, sin embargo, es la que incluye entre las élites esenciales a las élites políticas, las económicas y las intelectuales o culturales. La clasificación que realizó Thomas Dye sobre la estructura de la élite norteamericana se aproxima mucho más al modelo utilizado por la mayoría

---

*reclaman o tienen asignadas funciones e influencia sobre el conjunto de la sociedad en contraste con las élites fragmentarias, que tienen su principal función en subsectores de la sociedad*, en S. KELLER: «Elites», dentro de la *Enciclopedia Internacional de Ciencias Sociales*, tomo 5, Aguilar, Bilbao, 1977.

(14) V. PARETO: *Forma y equilibrio sociales*, Alianza, Madrid, 1980, pág. 66.

(15) Un papel que incluso puede ser más importante a medida que las sociedades devienen económica y ocupacionalmente más diferenciadas. Como señala SUZANNE KELLER, las élites son cada vez más importantes como guardianes y creadores de valores colectivos y como managers de los objetivos y ambiciones colectivas, en S. KELLER: *op. cit.*

(16) T. BOTTOMORE: *Elites et Société*, Stock, Paris, 1967, pág. 16.

(17) T. R. DYE: *Who's running America?*, Prentice Hall, New Jersey, 1976, pág. 12.

(18) C. WRIGHT MILLS: *La élite del poder*, FCE, México, 1978.

(19) MICHAEL G. BURTON y JOHN HIGLEY ofrecen una interesante revisión de los distintos conceptos de élite utilizados, en M. G. BURTON; J. HIGLEY: «Invitation to Elite Theory», dentro de G. DOMHOFF; T. R. DYE (eds.): *Power Elites and Organizations*, Sage, Beverly Hills, 1987.

de los investigadores. Según este autor, las élites norteamericanas están constituidas por tres grupos esenciales: el sector empresarial (las grandes empresas), el sector gubernamental (el gobierno, la burocracia civil y militar, el legislativo y el judicial) y lo que llamó el *public interest sector* (medios de comunicación, fundaciones filantrópicas, firmas legales prestigiosas, universidades más importantes y las más importantes organizaciones cívicas y culturales) (20).

Son pocos los estudiosos de las élites que han incluido al sector militar como una de las élites. En el contexto de las investigaciones sobre élites en sociedades democráticas, se parte de la consideración de que el poder militar está sometido al poder político, y, a lo sumo, algunos de sus miembros se consideran como componentes de la élite política o de la burocrática, pero no se identifica una élite militar como tal. En cuanto a la élite burocrática, mientras en algunos estudios se considera y se estudia como parte de la élite política, en otros se estudia como una élite diferenciada (21). Las razones de este diferente tratamiento y quizá también confusión están probablemente basadas en lo que Joel Aberbach, Robert Putnam y Bert Rockman consideran creciente mezcla de los significados de ambos conceptos. Estos tres autores realizan un interesante repaso de las imágenes que han presidido a lo largo de este siglo la relación entre los políticos y los burócratas. Estas imágenes irían desde la surgida en la segunda mitad del XIX de separación entre unos políticos que deciden las políticas y unos burócratas que sólo administran, pasando por la de la primera mitad del XX en la que se admite cierta influencia de los burócratas en el diseño de las políticas, hasta la imagen de las últimas décadas que concede a los burócratas un importante papel político. De estas tres imágenes habríamos convergido, según estos tres autores, en una cuarta imagen según la cual: «*in behavioral terms the two roles have been converging-perhaps reflecting, as some have argued, a "politicization" of the bureaucracy and a "bureaucratization" of politics. Carrying this notion to its logical conclusion, Image IV suggests speculatively that the last quarter of this century is witnessing the virtual disappearance of the Weberian distinction between the roles of politician and bureaucrat, producing what we might label a "pure hybrid"»* (22).

Hay pocas dudas respecto a la inclusión de las élites culturales o intelectuales entre las élites estratégicas. A pesar de que los numerosos estudios que se han realizado sobre los intelectuales han mostrado importantes diferencias sobre el grado y la importancia atribuida a la influencia de los intelectuales, la mayoría de los estudiosos de las élites incluyen a las élites culturales como parte de las élites esenciales de la sociedad. Hay una razón principal que explica su inclusión. Los

---

(20) T. R. DYE: *op. cit.*, págs. 12-14.

(21) Un trabajo de gran importancia sobre la élite burocrática es el que realizó EZRA SULEIMAN sobre Francia: E. SULEIMAN: *Politics, Power and Bureaucracy in France*. Princeton University Press, Princeton, 1974.

(22) J. D. ABERBACH; R. D. PUTNAM; B. A. ROCKMAN: *Bureaucrats and Politicians in Western Democracies*, Harvard University Press, Cambridge, 1981, págs. 4-16.

analistas de las élites trabajan con un concepto amplio de élite cultural que incluye no sólo a los intelectuales en sí mismos, sino también a las universidades y organismos culturales más importantes y, sobre todo, a los medios de comunicación. Y si quedan dudas sobre la influencia del colectivo intelectual, no queda ya ninguna sobre la trascendencia de los medios de comunicación.

La política, la economía y la cultura, por lo tanto, están representadas de una o de otra forma en los estudios sobre las élites. Así, en el análisis dirigido por Sidney Verba sobre las élites en Estados Unidos, Japón y Suecia se tienen en cuenta tres tipos de líderes, los correspondientes al sector *establecido*, es decir, el mundo de los negocios y las organizaciones empresariales, los sindicatos y las organizaciones agrarias, el sector *mediador*, donde estarían los intelectuales y los medios de comunicación, y el sector *contendiente*, donde estarían los movimientos sociales (23). James Fleming, en otro trabajo sobre las élites en Canadá, no sólo analiza a la élite económica y a la élite política, sino que también estudia la élite burocrática, la élite religiosa y la élite de los medios de comunicación (24). Higley, Deacon y Smart, que analizan las élites en Australia, seleccionan un universo de 502 individuos considerados como miembros de la élite australiana y que proceden del mundo de los negocios, de la política, del Estado, de los sindicatos, de los medios de comunicación, del mundo académico y de las asociaciones voluntarias (25).

Algunos estudios sobre las élites prestan poca atención a las importantes diferencias de poder entre las distintas élites. Esto tiene como consecuencia no sólo un cuadro deficiente de la estructura del poder sino también, como acertadamente señala Etzioni-Halevy, «(...) un unrealistically optimistic conception of the dispersion of power in Western democracies» (26). La mayoría de los autores, sin embargo, distinguen tres tipos de élites básicas, la cultural, la económica y la política, y, dentro de esas tres élites básicas, los estudiosos de las élites han concedido un mayor peso al análisis de las élites políticas y económicas. Desde las ciencias sociales y, sobre todo, desde la ciencia política, se ha prestado una especial atención a las élites políticas. Hay una razón *corporativa* que lo explica: a los politólogos les interesan, por supuesto, las élites políticas. Pero, además, muchos de ellos parten de una determinada noción de poder según la cual el poder político es un poder esencial que incluso puede considerarse crecientemente importante respecto a los demás poderes y, en este contexto, se piensa que estudiar las élites políticas es de notable importancia (27). Esta concepción, esencial en la mayoría de los estudiosos de las élites

(23) S. VERBA (ed.): *Elites and the Idea of Equality*. Harvard University Press, Cambridge, 1987.

(24) J. FLEMING: *Circles of Power*. Doubleday, Toronto, 1991.

(25) J. HIGLEY; D. DEACON; D. SMART: *Elites in Australia*. Routledge and Kegan Paul, London, 1979.

(26) E. ETZIONI-HALEVY: «Elite Power, manipulation, and Corruption: a Demo-Elite Perspective», *Government and opposition*, vol. 24, núm. 2, Spring, 1989, *op. cit.*, 224 y 225.

(27) Así, para ETZIONI-HALEVY, son las élites que controlan el estado las que mayores recursos de poder acumulan, dado que el Estado es, según esta autora, la organización más importante y la que acumula y controla más recursos en las sociedades contemporáneas; en ETZIONI-HALEVY: *op. cit.*, pág. 222.

políticas, contrasta, sin embargo, con los presupuestos teóricos de los estudiosos marxistas o de influencia marxista entre los cuales el análisis de las élites políticas no pierde nunca de vista un referente que se considera esencial para su comprensión, el del papel de la clase capitalista o de la élite económica. Un buen ejemplo de esta perspectiva es la de John Scott quien en su interesante y extensa recopilación de los análisis sobre las élites, no sólo dedica más de dos volúmenes (son tres en total) a los escritos sobre las élites del mundo económico (28), sino que en su trabajo sobre el poder en Gran Bretaña intenta fundamentar el papel esencial de la clase capitalista en la sociedad británica. Su análisis le lleva a afirmar que: *Britain is ruled by a capitalist class whose economic dominance is sustained by the operations of the state and whose members are disproportionately represented in the power élite which rules the state apparatus* (29).

#### LA DEFINICION E IDENTIFICACION DE LA ELITE POLITICA

El análisis de las élites políticas ha interesado ampliamente a los politólogos, y desde mediados de este siglo han sido numerosos los estudios, bien sobre élites nacionales o bien en contextos comparados. ¿Cómo han definido e identificado a las élites políticas esos estudios? La definición no ha planteado excesivos problemas ya que se ha partido de la noción general de élite ya expuesta más arriba y de la noción concreta de la existencia de una élite política de gran importancia en la sociedad. Esta élite sería, utilizando las palabras de Gaetano Mosca, *esa minoría de personas influyentes en la dirección de la cosa pública, a la que la mayoría le entrega, de buen o mal grado, la dirección* (30). Ahora bien, ¿de qué personas o posiciones concretas se compone esa minoría? La respuesta a esta cuestión no es tan sencilla como a primera vista pudiera parecer.

La complicación del proceso de identificación de los componentes de las élites políticas queda bastante patente en el análisis que hacía Robert Putnam sobre las tres diferentes estrategias para identificarlas. Señalaba Putnam que hay tres estrategias para identificar a la élite política: 1) el análisis posicional, el más utilizado, parte del supuesto de que las instituciones formales y de gobierno ofrecen un mapa útil de las relaciones de poder y, por lo tanto, considera que los que están en las posiciones más altas de estas instituciones son los políticamente poderosos; 2) el análisis reputacional da importancia a las relaciones informales de poder y su método se fundamenta en preguntar a informantes sobre quién tiene el poder real en cada organización; 3) el análisis *decisional* está basado en la asunción de que el poder político se define en términos de influencia sobre las actividades de gobierno y, por lo tanto, analiza

---

(28) J. SCOTT: *The Sociology of Elites*. Edward Elgar, Aldershot, 1990, 3 vols.

(29) J. SCOTT: *Who Rules Britain?*. Polity Press, London, 1992, pág. 151.

(30) G. MOSCA: *La clase política*. FCE, México, 1984, págs. 106 y 107.

minuciosamente el proceso de la toma de cada una de las decisiones para saber quiénes son las personas más influyentes (31).

Las enormes complicaciones planteadas por la tercera estrategia, los peligros de la segunda y la relativa sencillez de la primera explican que sea esta última la más ampliamente utilizada en la identificación de las élites políticas. En efecto, diseccionar y perseguir el proceso de la toma de una decisión concreta puede ser enormemente complicado, sobre todo si lo intentamos aplicar a los procesos de la política estatal; eso explica que el trabajo más famoso basado en esta estrategia, el estudio de Robert Dahl, analizara la toma de decisiones en el contexto de un municipio concreto, el de New Haven (32). El análisis reputacional también ofrece muchos problemas ya que, ¿quién o qué criterios se utilizan para elegir a los informantes? Pero incluso si los gobernantes están bien seleccionados, se le añade el agravante de que el proceso de identificación se complica enormemente. Y no parece que esta complicación sea necesaria teniendo como tenemos a nuestro alcance el análisis posicional.

El estudio de las élites políticas ofrece en relación al análisis de otras élites la enorme ventaja de que las élites políticas ocupan posiciones en determinadas instituciones (33). Las élites políticas, así como las económicas, las burocráticas o las militares son fácilmente identificables. Y lo son porque están altamente organizadas y ocupan posiciones de poder visible en las distintas instituciones sociales. Y si bien es cierto que en algunos casos las personas que ocupan esas posiciones no tienen poder real ya que ese poder real lo ostentan personas en la sombra, la observación del sistema político parece indicar sin lugar a dudas que determinadas posiciones políticas son en la inmensa mayoría de los casos posiciones de poder real. Es así en el caso de los miembros del poder ejecutivo, de los miembros de los parlamentos y de los miembros de las ejecutivas de los principales partidos políticos. Es más, cada una de estas posiciones se intercambia, es decir, los individuos pasan de ocupar unas a ocupar otras, y mucha veces la ocupación de diferentes posiciones se simultanea; y, lo que es más importante, es muy raro, por no decir inexistente, el caso del personaje con poder político que no esté situado en alguno de los tres ámbitos señalados. Esta razón básica unida a la sencillez del método posicional recomienda su utilización y explica, a su vez, que casi todos los estudios lo hayan adoptado. El análisis reputacional podría considerarse como muy recomendable y complementario al posicional siempre que sea posible llevarlo a cabo. Y el análisis decisional debiera

---

(31) R. E. PUTNAM: *The Comparative Study of Political Elites*, Prentice-Hall, New Jersey, 1976.

(32) R. DAHL: *Who Governs?*, Yale University Press, New Haven, 1961.

(33) Hay otras élites como las intelectuales o las artísticas que están escasamente organizadas y vagamente delimitadas y cuya identificación es muy complicada. Esa es con toda probabilidad una de las razones que explica la debilidad de los estudios empíricos sobre intelectuales. Me refiero más ampliamente a esas razones en E. URIARTE: *Los intelectuales vascos*, Universidad del País Vasco, Lejona, 1995, y también en E. URIARTE: «Algunos problemas del análisis de las élites políticas e intelectuales», *Inguruak*, núm. 12, julio, 1995.

dejarse para investigaciones muy específicas en ámbitos concretos y limitados de ejercicio del poder político.

Por lo tanto, ¿quién es la élite política y cómo se busca? A partir de la consideración de que el poder debe entenderse como la probabilidad de influir en las políticas y actividades del Estado, Robert Putnam señala que algunas personas tienen más poder político que otras, es decir, tienen más capacidad de influir en las decisiones políticas y esas personas constituyen la élite política. La élite política está formada, según este autor, por los políticos profesionales, es decir, los legisladores, los miembros del ejecutivo, los líderes de los partidos políticos y sus consejeros directos (34). En la práctica, y entre las posiciones de poder señaladas, una buena parte de los investigadores extrae su muestra de la élite política de los parlamentos. Son muchos menos los que incluyen también al poder ejecutivo o a las ejecutivas de los partidos políticos. Así, en su trabajo sobre las élites políticas y burocráticas en siete países occidentales (USA, Reino Unido, Francia, Alemania, Suecia, Italia y Holanda), Robert Putnam, Joel Aberbach y Bert Rockman seleccionan a la élite política de los parlamentos nacionales. Estos autores dan tres razones muy consistentes para justificar esta elección: *National parliamentary bodies are the arenas from which we choose our politicians samples, then, because they house party politicians, because they almost invariably breed cabinet ministers, and because they continue to influence policy, if variably, in their respective countries. It is a relative straightforward matter to define and then select representative samples of parliamentary politicians, whatever differences may exist in parliamentary powers across the nations* (35).

En los relativamente numerosos trabajos empíricos que se han realizado en los últimos veinte años sobre las élites políticas, el poder legislativo ha sido ampliamente utilizado como lugar de búsqueda de la élite política. En su análisis sobre las bases del reclutamiento político de las élites políticas alemanas a lo largo del último siglo, John Nagle utiliza como definición operativa de élite política la de los miembros del parlamento nacional, lo que, entre otras ventajas, permite afrontar la complicación del análisis de la evolución de las élites a lo largo de un período tan largo de tiempo (36). Además de todo lo señalado, el análisis de las élites parlamentarias ofrece menos complicaciones que el referido a los miembros de los ejecutivos en su fase de trabajo de campo. Conseguir entrevistas de los parlamentarios es más sencillo que conseguirlos de los ministros, y realizar esas entrevistas también, debido a las mayores presiones que sufren estos últimos y que pueden hacer menos fructífera la búsqueda del entrevistador (37).

---

(34) R. E. PUTNAM: *op. cit.*

(35) J. D. ABERBACH; R. D. PUTNAM; B. A. ROCKMAN: *op. cit.*, pág. 26.

(36) J. D. NAGLE: *System and Succession*. University of Texas Press, Austin, 1977

(37) DONALD K. EMMERSON apunta esta razón para explicar la selección de los miembros del legislativo en su análisis de la élite política indonesia, en D. K. EMMERSON: *Indonesia's Elite*, Cornell University Press, Ithaca, 1976.

Los escasos estudios españoles dedicados al análisis de las élites políticas también han hecho especial hincapié en las élites parlamentarias. Habría que destacar en este sentido los trabajos de Juan Linz y Jesús de Miguel sobre las Cortes franquistas (38), el trabajo de Mariano Baena del Alcázar y José María García Madaria sobre la presencia de la élite franquista en las segundas Cortes democráticas (39), y el análisis de Salustiano del Campo, José Félix Tezanos y Walter Santín sobre la evolución de las élites políticas desde la Restauración hasta las élites de la transición a la democracia (40).

En la mayoría de los trabajos hay una utilización preferente el concepto de élite política que se entiende normalmente como sinónimo de élite gobernante o clase gobernante, o clase política. Sin embargo, Klaus von Beyme recalca las diferencias entre los conceptos de clase política y élite política y sugiere la conveniencia de la utilización del concepto de clase política en lugar del concepto de élite política (41). Von Beyme propone una diferenciación de ambos conceptos basada en la percepción de que el concepto de élite política es más restringido que el de clase política ya que en esta última se incluyen todos los políticos en la medida en que participan de la estructura de privilegios y no sólo los que están en las posiciones jerárquicas más altas. Además, señala Von Beyme, en la clase política se incluyen otros actores que influyen en las decisiones políticas como la élite administrativa, las élites económicas, etc. Por otra parte, la élite política cooperaría con las élites de otros sectores en los que la política quiere regular un problema, mientras que la clase política apenas cooperaría y tendría una orientación autorreferencial. Además, la clase política incluiría a políticos de segunda fila y el concepto de élite tiene que buscar el centro del poder cuya localización, según Von Beyme, no está clara ni para los propios políticos (42). Las sugerencias de Von Beyme ofrecen interés pero son discutibles en muchos puntos, en primer lugar en la misma diferenciación de dos conceptos que para muchos autores significan lo mismo. Pero, en segundo lugar, si aceptamos la diferenciación de Von Beyme, y si queremos estudiar al sector político de las élites, tendremos que seguir utilizando el concepto de élite política, dejando el concepto de clase política para estudios centrados en el análisis de los políticos en general. Si el objetivo es estudiar a aquellos que ocupan las posiciones cimeras, el concepto de clase política, como el mismo Von Beyme señala, será excesivamente amplio.

---

(38) J. DE MIGUEL; J. LINZ: «Las Cortes Españolas 1943-1970: las cohortes», *Sistema*, núm. 8, 1975, y A. DE MIGUEL; J. LINZ: «Las Cortes Españolas 1943-1975: las élites», *Sistema*, núm. 9, 1975.

(39) M. BAENA DEL ALCÁZAR; J. M. GARCÍA MADARIA: «Elite franquista y burocracia en las Cortes actuales», *Sistema*, núm. 28, 1979.

(40) S. DEL CAMPO; J. F. TEZANOS; W. SANTIN: «La élite política española y la transición a la democracia», *Sistema*, 48, 1982.

(41) K. VON BEYME: *La clase política en el estado de partidos*, Alianza, Madrid, 1995.

(42) K. VON BEYME: *op. cit.*, págs. 30-35.

## ¿COMO SON LOS MIEMBROS DE LAS ELITES POLITICAS?

Todas las investigaciones llevadas a cabo sobre élites políticas han tratado de determinar en primer lugar el perfil básico de los miembros de esta élite. Y las primeras preguntas que se han planteado en esa búsqueda se han dirigido a conocer cuáles son los orígenes sociales y cómo es el proceso de socialización del que surge la élite política. La primera y clara respuesta a estas cuestiones es que la élite política procede mayoritariamente de las clases medias y altas y que a finales de siglo se puede seguir diciendo lo que señaló Suzanne Keller hace bastantes años en torno a todas las élites y también la política, y es que *the social class factors continue to play a significant role in the recruitment of the political, business, military, and higher civil service élites as well as the judicial, scientific, religious, opinion, and entertainment élites* (43).

A principios de los setenta Robert Putnam recopilaba datos de varios estudios sobre los orígenes de clase de la élite política alemana, francesa e inglesa desde el siglo pasado hasta principios de los setenta que mostraban que si bien la representación de la aristocracia había descendido notablemente, la representación de la clase trabajadora se había mantenido en la misma escasa proporción o había descendido mientras que la representación de las clases medias había aumentado notablemente (44). El mismo Putnam, Aberbach y Rockman con datos algo posteriores sobre los seis países en los que se centró su estudio, Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Alemania, Italia, Holanda y Suecia, muestran que mientras sólo el 12 por 100 de la muestra de la población general tiene padres en ocupaciones gerenciales y profesionales (las dos posiciones más elevadas de su clasificación de *status*), nada más y nada menos que el 66 por 100 de la élite burocrática y política tiene padres con esas profesiones. Los autores destacan que este dato es tanto más sorprendente cuando se tiene en cuenta que de la muestra de hombres entre 35 y 70 años en profesiones gerenciales o profesionales, sólo el 41 por 100 proceden de padres con esas mismas profesiones, lo que lleva a estos autores a afirmar que *in term of their social origins, our bureaucrats and politicians are the "crème de la crème" of their societies* (45).

Los análisis sobre los orígenes sociales de las élites políticas muestran también que existen significativas diferencias en los orígenes de esas élites según partidos políticos. Como cabía esperar, el porcentaje de origen de clase baja o media baja es notablemente superior en los políticos de los partidos de izquierdas. Guttman mostraba hace bastante tiempo que en el período 1955-70 la estructura de clase de los gabinetes conservadores contaba con un 21 por 100 de orígenes aristocráticos y un 79 por 100 de orígenes de clase media, mientras que en los gabinetes laboristas el origen aristocrático se reducía al 3 por 100, el origen de clase media al 62 por 100, y el origen de clase trabajadora se elevaba al 35 por 100. A pesar de que la

---

(43) S. KELLER: *Beyond the Ruling Class*, Random House, New York, 1963, *op. cit.*, pág. 205.

(44) R. E. PUTNAM: *op. cit.*, pág. 177.

(45) J. D. ABERBACH; R. D. PUTNAM; B. A. ROCKMAN: *op. cit.*, pág. 56.

relación entre ambos partidos se había asemejado un tanto a lo largo del siglo en términos de composición de clase, en el último período estudiado por Guttman las diferencias seguían siendo muy importantes (46). Si medimos el origen social atendiendo a los estudios del padre, y ya en los años ochenta (47), podemos observar en el trabajo de Sidney Verba en Japón, Suecia y Estados Unidos, que, por ejemplo, en Suecia, la proporción de educación universitaria en el padre es significativamente superior entre los padres de las élites sobre todo conservadoras y en grado algo menor liberales que entre los padres de la élite socialdemócrata (48).

Otro rasgo de interés que se puede observar en los análisis realizados sobre las élites es que, además de las diferencias de origen entre élites políticas de izquierdas y de derechas, hay diferencias significativas entre los orígenes sociales de las distintas élites. Los orígenes de clase de las élites políticas son comparativamente más modestos que, no sólo las élites económicas, sino también las élites intelectuales y las militares, y las burocráticas (49). Aunque la explicación a esta cuestión es compleja, es indudable que el peso de las características de la élite política de izquierdas han dado lugar a esta peculiaridad. También habría que apuntar algunos rasgos relativos al reclutamiento, como el hecho de que la formación universitaria no sea imprescindible o casi imprescindible en las élites políticas como sí lo es en las intelectuales y las burocráticas, o que los orígenes familiares no sean tan determinantes en la política como en las jerarquías militares para ascender a la élite.

Los rasgos del proceso educativo de las élites políticas muestran no sólo el creciente peso de la educación universitaria, sino también el papel de determinados centros educativos en la formación de la élite política. Este factor corrobora la influencia del origen de clase en la formación de la élite política ya que, aunque es cierto que el sistema de becas se ha extendido y perfeccionado a lo largo del siglo y que el porcentaje de centros educativos privados en la formación de los políticos ha descendido en este período, ese porcentaje sigue siendo aún muy importante. Norris y Lovenduski señalan que el porcentaje de parlamentarios conservadores británicos elegidos en 1992 que se habían educado en colegios privados era del 62 por 100, frente a un 14 por 100 de los parlamentarios laboristas y solamente un 5

---

(46) W. L. GUTTMAN: «The British political élite and the class structure», dentro de P. STANWORTH; A. GIDDENS (eds.): *Elites and Power in British Society*. Cambridge University Press, 1974, pág. 36.

(47) No contamos con datos más recientes de interés sobre el origen de clase de la élite política ya que en el último trabajo empírico publicado sobre las élites políticas, el de PIPPA NORRIS y JONI LOVENDUSKI, no hay datos sobre orígenes de clase ya que, sorprendentemente, en el cuestionario utilizado por estas autoras no se incluía ninguna pregunta relacionada con esa cuestión; en P. NORRIS; J. LOVENDUSKI: *Political Recruitment*, Cambridge University Press, Cambridge, 1995.

(48) S. VERBA (ed.): *op. cit.*, pág. 290.

(49) URSULA HOFFMAN-LANGE señala en un estudio de principios de los ochenta sobre la élite política de Alemania Occidental que el origen de clase media alta o alta entre la élite política es del 24,7 por 100 mientras que en la élite de los negocios es del 43,8 por 100, en la élite militar es del 53,7 por 100 y en la élite cultural del 48,4 por 100; en U. HOFFMAN-LANGE: «Surveying National Elites in the Federal Republic of Germany», dentro de G. MOYSER; M. WAGSTAFFE: *Research Methods for Elite Studies*. Allen and Unwin, London, 1987, págs. 44 y 45.

por 100 del conjunto de la población británica. El contraste se mantiene respecto a los estudios universitarios ya que frente a un 7,1 por 100 de graduados entre los británicos en 1992, el porcentaje de los parlamentarios conservadores ascendía al 73 por 100 y entre los laboristas al 61 por 100 (50). El aparente acercamiento entre conservadores y laboristas en este último dato se vuelve a romper si tenemos en cuenta que la presencia de Oxford y Cambridge es mucho mayor entre los conservadores.

Todos estos rasgos hacen pensar en la importancia del factor de la clase social en el análisis del origen y surgimiento de las élites políticas. La clase social no explica casi todo como pretendía Marx, pero es indudable que explica bastantes cosas, también cuando intentamos comprender la formación de la élite política. Ahora bien, también es muy importante tener en cuenta las grandes diferencias en esta cuestión no sólo desde el punto de vista temporal, sino también entre los partidos conservadores y los partidos de izquierdas. Y por eso, aunque es interesante recordar, como lo hace Jhon Scott, que del gabinete presidido por Margaret Thatcher en 1990, sólo ella y otro miembro habían ido a una escuela gratuita, 19 habían ido a la universidad y de ellos 16 a Oxford o a Cambridge (51), hay que tener en cuenta que el análisis de los gobiernos socialdemócratas daría resultados bastante diferentes, como se desprende de los rasgos diferenciados de los parlamentarios laboristas británicos.

Si los diferentes analistas de las élites políticas han prestado bastante atención a los orígenes sociales y a la importancia de la clase social, no han dedicado muchas líneas a la escasa representación de la mujer en la élite política. Ello se explica esencialmente por la falta generalizada de atención de la ciencia política a esta cuestión hasta la entrada en el mundo académico y de investigación de las propias mujeres. Ahora bien, en los últimos diez años numerosos trabajos han puesto de relieve este dato, si bien es importante destacar que todos estos trabajos corresponden sobre todo a análisis de las relaciones de las mujeres con la política y no tanto a estudios sobre las élites (52). En todos estos trabajos se muestra que la incorporación de las mujeres a las élites políticas todavía es escasa en la mayoría de los países, que esa incorporación es significativamente menor entre los miembros de los gobiernos que entre los parlamentarios, y que es mayor entre los partidos de izquierda que entre los partidos de derecha. Es ampliamente conocido que la presencia de las mujeres entre las élites políticas tan sólo se acerca al 50 por 100 en los países escandinavos;

(50) P. NORRIS; J. LOVENDUSKI: *op. cit.*, págs. 100 y 101.

(51) J. SCOTT: *op. cit.*, págs. 133 y 134.

(52) Cabe citar, entre otros, V. RANDALL, *Women and Politics*, MacMillan, Hong-Kong, 1993, J. LOVENDUSKI; P. NORRIS (eds): *Gender and Party Politics*, Sage, London, 1993, y E. URIARTE; A. ELIZONDO (Coord.): *Mujeres en política*, Ariel, Barcelona, 1997. Este último trabajo incluye dos capítulos sobre las mujeres en las élites políticas, E. URIARTE: *Las mujeres en las élites políticas* y P. NORRIS: *Las mujeres políticas: ¿un nuevo estilo de liderazgo?* Por otra parte, en los últimos años los estudios sobre liderazgo también han comenzado a interesarse por el papel de las mujeres entre las líderes políticas; muestra de ello es la obra editada por M. GENOVESE (ed.): *Women as National Leaders*, Sage, Newbury Park, 1993.

si bien, curiosamente, en estos mismos países la presencia de las mujeres en otras élites se mantiene en porcentajes similarmente bajos a los de otros países desarrollados. Por otra parte, sólo muy recientemente se han abordado análisis de las élites políticas en las que se esté teniendo en cuenta el factor de la diferencia de sexos como uno de los elementos significativos de estudio, y el trabajo de Norris y Lovenduski citado más arriba es la muestra más importante de esta nueva línea de investigación (53).

Por último, a todos los rasgos señalados tendríamos que añadir aún dos más para completar el perfil de las élites políticas. En primer lugar, nos encontramos con orígenes vinculados a las ciudades en mucha mayor proporción que el conjunto de los ciudadanos. Aberbach, Putnam y Rockman mostraban en su estudio sobre seis países que sobre todo entre la élite burócrata el porcentaje de personas procedentes de ciudades de más de 100.000 habitantes era muy superior al de la población en general, pero también era superior en las élites políticas, con excepción del caso holandés, aunque en general las diferencias eran menores (54). En segundo lugar, las élites políticas se sitúan básicamente en edades intermedias y sobre todo en la cuarentena y cincuentena. Si atendemos a los datos ofrecidos por Norris y Lovenduski sobre la edad de los parlamentarios en catorce países democráticos desarrollados, observamos que en prácticamente todos los países el porcentaje más elevado de parlamentarios se sitúa en el intervalo 40-50, seguido del intervalo 50-60. Los porcentajes correspondientes a los parlamentarios de más de sesenta años son notablemente inferiores a los dos intervalos anteriores en todos los países excepto en Estados Unidos, donde la diferencia es pequeña, en Luxemburgo donde incluso aumenta el porcentaje respecto al intervalo anterior y, sobre todo, en Japón, país en el que el porcentaje más importante de parlamentarios tiene más de 60 años (55). El caso japonés muestra que si bien las tendencias de desarrollo de los países industrializados y modernizados han dado lugar a un proceso de igualación en la mayoría de instituciones y valores, todavía se mantienen diferencias culturales significativas, como el respeto a los más ancianos en Japón, que tienen consecuencias más o menos importantes sobre la dinámica política.

---

(53) P. NORRIS; J. LOVENDUSKI: *Political...*, *op. cit.*

(54) J. D. ABERBACH; R. D. PUTNAM; B. A. ROCKMAN: *op. cit.*, pág. 66. El estudio de SAMUEL ELDERSVELD, JAN KOOMAN y THEO VAN DER TAK sobre la élite política holandesa confirma esta peculiaridad holandesa aunque también aporta el dato de que los parlamentarios nacidos en zonas rurales constituyen el 29 por 100 frente al 42 por 100 del conjunto de la población; en S. J. ELDERSVELD; J. KODIMAN; T. VAN DER TAK: *Elite Images of Dutch Politics*, The University of Michigan Press, Ann Arbor, 1981, pág. 43.

(55) P. NORRIS; J. LOVENDUSKI: *op. cit.*, pág. 188. R. K. CARTY, PETER JAMES y CAMPBELL SHARMAN en su estudio comparado sobre Canadá y Australia nos dan la edad media de acceso al cargo de primer ministro que es aproximadamente de 50 años en ambos países; en R. K. CARTY; P. JAMES; C. SHARMAN: «Leadership Selection Processes and Careers: A Comparison of Australian and Canadian Premiers», *Political Studies*, vol. XXXVIII, 1990, pág. 274.

El perfil dibujado corresponde a la élite política tal como la entendemos en estas páginas, es decir, el conjunto de personas que ocupan las posiciones donde se toman las decisiones políticas esenciales para la vida de un país. Ahora bien, en los últimos años han surgido bastantes estudios en los que se también habla de una élite política que no corresponde a las características que se acaban de señalar. Me refiero a la élite política local que, en su conjunto, presenta un perfil muy diferenciado de la élite gubernamental o parlamentaria. Entre la élite política local española de 1987 la profesión más abundante era la de agricultor (33,7 por 100), seguida de la de trabajador industrial (18,1 por 100) (56), el porcentaje de estudios superiores tan sólo era del 7,3 por 100 (en 1983, si bien en Cataluña en 1987 es del 13,1) (57), y la presencia de mujeres es aún menor que en el poder legislativo (58). El análisis de la élite política local es imprescindible para conocer las características de la clase política, pero tendremos que tener en cuenta las diferencias entre el concepto de élite política y élite política local. La élite política local es una parte de la clase política, pero sólo una pequeña parte de esa élite local, la correspondiente a los alcaldes de las grandes ciudades, podrá ser incluida en la élite política de ámbito nacional o estatal. Y si bien desconocemos las características diferenciadas de esa parte de la élite política local, cabe suponer que su perfil será muy semejante al dibujado más arriba para la élite política.

#### PROFESIONES DE LOS POLITICOS Y PROFESIONALIZACION DE LA POLITICA

Hay una aceptación generalizada entre los politólogos en torno al reconocimiento de que se ha producido una profesionalización de la política que ha tomado cuerpo de forma paralela a la burocratización (59). No sólo se han racionalizado los métodos de trabajo y organización de los partidos, o son necesarios los conocimientos especializados en todos los ámbitos de la política, sino que al mismo tiempo, y de forma inevitable, la política ha pasado a considerarse crecientemente como una profesión. Eso significa que aumenta el número de personas que realizan desde el inicio una carrera exclusivamente política y que aumenta el número de años en la política del

---

(56) J. BOTELLA: «La galaxia local en el sistema político español», *Revista de Estudios Políticos*, núm. 76, abril-junio 1992, pág. 155.

(57) J. CAPO: «La élite política local», *Revista de Estudios Políticos*, núm. 76, abril-junio, 1992, pág. 140.

(58) El porcentaje de alcaldesas en España después de las elecciones de 1991 era del 4,2 por 100; en INSTITUTO DE LA MUJER: *La mujer en cifras*, Ministerio de Asuntos Sociales, Madrid, 1992, pág. 63.

(59) Ahora bien, como señala ANGELO PANEBIANCO, el mismo concepto de *profesionalización* ha generado confusiones y no siempre se ha utilizado de la misma forma. PANEBIANCO piensa que al hablar de esta cuestión hay que tener en cuenta dos procesos diferentes: la profesionalización política, por un lado, es decir, la transformación en parlamentarios de los funcionarios de partido, y la profesionalización intelectual, es decir, el acceso de los expertos a la condición de miembros del parlamento. En A. PANEBIANCO: *Modelos de partido*, Alianza Universidad, Madrid, 1990, 421.

conjunto de políticos, y que aumenta también el número de personas que viven de la política. La realidad de este proceso parece indudable si observamos la evolución de la política a lo largo de este siglo, no sólo si tenemos en cuenta la cantidad de ocupaciones creadas alrededor de la política, sino también la dinámica interna de los partidos políticos o la composición de la clase política. Sin embargo, cuando observamos los datos relacionados con esa cuestión esa realidad aparece algo más confusa, y, sobre todo, menos fundamentada. La mera observación parece indicar sin lugar a dudas que la profesionalización se ha producido, pero la evidencia empírica que la apoya es escasa.

Klaus von Beyme piensa que la profesionalización de la política es una realidad y sugiere tres indicadores para medirla: el número de años en ejercicio desde que se alcanzó el primer cargo político importante, la actividad profesional adicional al lado de los cargos políticos y la disposición a regresar a la profesión de partida. El mismo nos ofrece el dato de que en Alemania Occidental entre 1969 y 1983, los políticos profesionales con actividades profesionales relacionadas con el partido constituían el 25 por 100. Von Beyme suma a éstos un 12 por 100 de funcionarios de organizaciones y sindicatos, de tal forma que, señala, un tercio debe considerarse dedicado a la política profesional no sólo durante el tiempo de ejercicio de su mandato (60). Los datos ofrecidos por Von Beyme son sugerentes, pero se echa de menos una mayor clarificación de cuáles son esas actividades profesionales relacionadas con el partido y cuál ha sido la evolución temporal de estos datos en las últimas décadas.

El repaso de los trabajos dedicados a las élites políticas sugiere que la cuestión de la profesionalización de la política no ha recibido aún la atención necesaria, al menos desde el punto de vista empírico. El único dato de cierto interés en relación a esta cuestión que suelen ofrecer los estudios sobre las élites es el del número de años en el parlamento de los políticos o el de la profesión anterior al ingreso en el parlamento. Así, Norris y Lovenduski ofrecen una tabla comparativa de las profesiones de los parlamentarios de doce países, correspondiente al período 1990-1992, en la que podemos observar que el porcentaje de los que declaran que su profesión es la de político o la de funcionario de partido es bastante reducido en la mayoría de los casos con la excepción de Japón (33 por 100) y Suiza (30 por 100) (61). En cualquier caso, este dato es orientativo pero no concluyente ya que no sabemos el porcentaje de parlamentarios que, sin ser políticos profesionales o funcionarios de partido, han ejercido en actividades vinculadas a los partidos políticos.

Pero sobre todo desconocemos la evolución en el tiempo de las carreras de los parlamentarios, y el conocimiento de esta evolución requeriría saber, no sólo el número de años de permanencia en el parlamento (62) o en otros cargos políticos,

---

(60) K. VON BEYME: *op. cit.*, págs. 122-126.

(61) P. NORRIS; J. LOVENDUSKI: *op. cit.*, págs. 185-186.

(62) En relación al número de años de permanencia en el parlamento, ETIENNE CRIQUI nos ofrece interesantes datos sobre los diputados franceses que apoyan con claridad la tesis de la profesionalización. Muestra CRIQUI que el porcentaje de diputados que acumulan dos o más mandatos ha subido de forma

sino la actividad ejercida después de dejar el parlamento o esos cargos políticos. El dato de la inequívoca profesionalización saldrá con toda seguridad a la luz de esa búsqueda, pero también el freno que la democracia competitiva ejerce en esa profesionalización. A pesar del pesimismo weberiano sobre los efectos de la burocratización, el eje central de la democracia, es decir, la celebración de elecciones libres y periódicas, tiene de vez en cuando efectos demoledores sobre esa burocratización. Es capaz incluso de acabar con los mismos todopoderosos partidos políticos y, por lo tanto, de mandar a un complicado proceso de recolocación a una buena parte de la clase política. Dado que los partidos políticos constituyen no sólo las organizaciones esenciales de las democracias, sino también la base de reclutamiento y control de los políticos, cualquier problema de inestabilidad en esos partidos políticos tiene efectos fundamentales sobre la élite política.

Pero si todavía es necesario conocer más datos en torno a la profesionalización de la política, lo que sí se conocen bastante bien son las profesiones de los políticos. Hay abundantes datos sobre la cuestión que confirman, en primer lugar, el rasgo que ya destacó hace tanto tiempo Weber, el de la importancia de los abogados en la política (63). La abogacía sigue constituyendo la profesión más abundante entre la élite política, tanto la abogacía medida como ejercicio de la profesión bien en el ámbito privado o en el público, o bien medido como formación académica y ejercicio de trabajos más o menos relacionados con esa formación (64). Ahora bien, también es cierto que el peso de los abogados en la política ha descendido en esta segunda mitad del siglo. En su estudio sobre la evolución de las profesiones de los parlamentarios británicos desde 1945 hasta nuestros días, Norris y Lovenduski muestran que la abogacía como profesión ha descendido entre los parlamentarios. Las mismas autoras muestran también que la representación de los profesores e investigadores ha ascendido de forma muy notable (65).

Hace mucho tiempo analizaba Max Weber las causas del importante peso de los abogados en la política occidental desde que se constituyeron los partidos. Señalaba Weber que la política es una empresa de interesados y que la función del abogado es precisamente la de dirigir con eficacia un asunto que los interesados le confían. Decía Weber que el abogado «*puede hacer triunfar un asunto apoyado en argumentos lógicos débiles y en ese sentido "malo", convirtiéndolo así en asunto técnica-*

---

muy importante entre 1978 y 1993 ya que si en 1978 era del 36 por 100, en 1993 este porcentaje ascendía ya al 64,5 por 100; en E. CRIQUI: «Qui sont les nouveaux députés?», *Revue Politique et Parlementaire*, núm. 974, Novembre-Décembre, 1994, pág. 30.

(63) Japón, con sólo un 5 por 100 de abogados entre los parlamentarios, constituye una de las escasas excepciones a esta regla. Este rasgo corresponde, según SHIGEKO FUKAI y HARUHIRO FUKUI, al bajo porcentaje de abogados entre la población japonesa. En S. N. FUKAI; H. FUKUI: «Elite Recruitment and Political Leadership», *Political Science and Politics*, vol. XXV, March, 1992, pág. 29.

(64) En los datos ofrecidos por NORRIS y LOVENDUSKI sobre las profesiones de los parlamentarios de doce países se observa que la de abogado era en el período 1990-92 la profesión más abundante entre la élite política; en P. NORRIS; J. LOVENDUSKI: *op. cit.*, págs. 185-186.

(65) P. NORRIS; J. LOVENDUSKI: *op. cit.*, pág. 99.

mente "bueno"» (66). Weber destacaba el instrumento esencial para conseguir esa conversión, el dominio de la palabra hablada y escrita. Y esta razón era sin duda y continúa siendo una de las razones que explican la abundancia de los abogados en la política pero también de otras profesiones como las de profesores o periodistas. El hecho de que los abogados hayan descendido y que estas últimas profesiones hayan aumentado se corresponde con la creciente importancia de estudios y profesiones relacionadas con estudios como la ciencia política, la sociología, la comunicación, etc., donde también es esencial el dominio de la palabra hablada y escrita. Norris y Lovenduski llaman precisamente a todo este conjunto de profesiones, incluida la abogacía, *talking professions*, pero a pesar de su afortunada expresión, curiosamente no tienen en cuenta la razón sugerida por su concepto, la importancia del dominio de la palabra, como una de las explicaciones de la importancia del peso de estas profesiones entre la élite política. Estas autoras se inclinan más bien por buscar la explicación en un conjunto de rasgos asociados a estas profesiones como son la flexibilidad horaria, las generosas vacaciones, la seguridad económica, el *status* social, las redes de relaciones y ciertas capacidades técnicas útiles en la política (67).

Putnam hacía hincapié también en las mayores facilidades para combinar estas profesiones con la política y en la posibilidad de vuelta después de terminar la carrera política. Putnam, además, no olvidaba la importancia del dominio de la expresión en todas estas profesiones (68). Ahora bien, tanto este autor en su clásico trabajo, como Norris y Lovenduski, no mencionaban el factor del interés o de la vocación. Y me atrevería a asegurar que es éste el factor que, junto al del dominio de la palabra, explica la abundancia de estas profesiones entre la élite política. Si atendiéramos a las razones de adecuación de los horarios y flexibilidad de esas profesiones para la política, no se explica por qué otras profesiones como la medicina no están tan abundantemente representadas. Pero, además, y si tenemos en cuenta el sector de la enseñanza, tampoco se entiende, siguiendo el razonamiento de Norris y Lovenduski y en parte el de Putnam, por qué los representantes del sector de la enseñanza que encontramos en la política provienen por abrumadora mayoría de las ciencias sociales y humanas. El factor que explica esta peculiaridad es precisamente el del interés o el de la vocación. De la misma forma que en las élites intelectuales apenas encontramos representantes de las llamadas ciencias *duras*, lo mismo ocurre en las élites políticas. Y es que el interés por la política de los que han escogido las ciencias

---

(66) M. WEBER: *El político y el científico*, Alianza, Madrid, 1981, pág. 114.

(67) P. NORRIS; J. LOVENDUSKI: *op. cit.*, pág. 110.

(68) R. PUTNAM: *The Comparative...*, *op. cit.*, pág. 59. Además de las facilidades de vuelta a la profesión originaria, habría que añadir otro factor significativo que apuntaba JUAN LINZ, y es el hecho de que algunos ejercicios profesionales se benefician de la actividad política, por ejemplo, los bufetes de abogados, el periodismo político o la actividad sindical; en J. LINZ: «Continuidad y discontinuidad en la élite política española: de la Restauración al régimen actual», dentro de AA.VV.: *Estudios de Ciencia Política y Sociología (Homenaje al profesor Carlos Ollero)*, Madrid, 1972, pág. 400.

sociales y humanas como estudio y como profesión es muchísimo más alto que los que han escogido las matemáticas o la física. De la misma forma que los intelectuales son personas que intentan influir en la política a través de la opinión y del análisis escrito, los enseñantes son personas que explican la política a las nuevas generaciones. Por eso no es extraño que unos y otros deseen muchas veces pasar y, a veces, pasen, a ejercer la política directamente, en el parlamento, en el gobierno, en las instituciones locales o en las autonómicas.

#### RECLUTAMIENTO Y CIRCULACION DE LAS ELITES POLITICAS

Robert Putnam definió el reclutamiento político como el proceso a través del cual se selecciona entre los varios millones de ciudadanos socialmente favorecidos y políticamente motivados, incluido el estrato político, a aquellos que alcanzan posiciones de influencia significativa (69). Parte de este proceso ha quedado clarificado cuando más arriba he dibujado el perfil característico de las élites políticas. En ese perfil han aparecido algunos de los factores que favorecen notablemente la llegada a las élites políticas. Parece claro que haber nacido en ciudades, pertenecer a la clase media o media alta, haber cursado estudios universitarios, preferentemente en instituciones de élite, y ser hombre, son todos ellos rasgos que aumentan las posibilidades de poder alcanzar posiciones de élite política. Ahora bien, también es cierto que los rasgos señalados favorecen el ascenso no sólo a la élite política, sino al conjunto de todas las élites, y que no todos los que poseen esas características llegan a posiciones de élite.

La cuestión importante, por lo tanto, es conocer cuál es la vía o vías a través de las que se llega a la cumbre política. Pero para responder a este problema nos enfrentamos a los mismos deficiencias que observábamos a la hora de analizar el grado de profesionalización de la política. Son escasos los datos sobre los procesos de reclutamiento y las características de los itinerarios profesionales recorridos por los políticos en su camino hacia la élite. Existe, eso sí, un factor muy claro: la importancia central del partido político como canal de reclutamiento de las élites políticas. Para llegar a la élite política es necesario hacerlo de la mano de un partido político (70). Eso significa, en el caso de relación más estrecha, que se hace carrera política en el partido desde los inicios, es decir, comenzando como militante de base y ejerciendo cargos internos hasta alcanzar posiciones políticas elevadas, o significa, en el caso de relación menos estrecha, que se hace carrera profesional en cualquier profesión de prestigio y en un momento dado se es cooptado para el cargo político

(69) R. PUTNAM: *op. cit.*, pág. 46.

(70) En su interesante estudio sobre el reclutamiento de los diputados socialistas franceses en 1981, ANNIE COLLOVALD mostraba la importancia de las posiciones mantenidas dentro de los partidos políticos como canal para llegar a los puestos de la élite política; en A. COLLOVALD: «La République du militant», dentro de P. BIRNBAUM (ed.): *Les élites socialistes au pouvoir, 1981-1985*, Puf, Paris, 1985, págs. 11-52.

desde un partido político. Dado que se puede decir que la política, la democracia, o el Estado, son una política, una democracia o un estado de partidos, también las élites políticas constituyen una *cuestión* de partidos. Es bien conocido que la importancia del partido como vía de acceso a la élite política ha sido aún mucho más importante en los sistemas comunistas del este de Europa. En estos sistemas comunistas el partido ha sido la vía prácticamente exclusiva para acceder a la élite política. La diferencia entre los sistemas democráticos y comunistas quedaba bien ilustrada por Brzezinski y Huntington cuando señalaban que mientras casi todos los altos líderes norteamericanos tenían una carrera profesional aparte de la política, los líderes soviéticos hacían desde el principio su carrera exclusivamente en el partido que absorbía totalmente su dedicación (71).

En los países democráticos, sin embargo, a pesar del control central que los partidos ejercen en la selección de la élite política, es cierto, que la vía directa a través del partido como modo de acceso a la élite es sólo una de las existentes. Otro de los canales de gran importancia es el de la burocracia. Una proporción muy importante de la élite política procede del aparato burocrático del estado. Salustiano del Campo, José Félix Tezanos y Walter Santín mostraban hace tiempo una interesante tabla comparativa de las ocupaciones de los parlamentarios españoles desde 1879 hasta 1979 en la que muestran el crecimiento histórico del peso de los funcionarios públicos y el mantenimiento de unos porcentajes altos en los años setenta (72). Mariano Baena del Alcázar y José María Madaria mostraban también la importancia de los cuerpos burocráticos del estado en las Cortes de 1979 donde había 83 parlamentarios que procedían de estos cuerpos (73).

Además, existen otras instituciones sociales que pueden tener importancia como canales de reclutamiento de la élite política. En España se ha destacado desde hace tiempo el papel del Opus Dei como canal de acceso al conjunto de las élites y también a la élite política (74). La Iglesia en general ha tenido tradicionalmente influencia como canal de reclutamiento de la élite política, sobre todo en contextos políticos concretos como la dictadura franquista. Miguel Jerez hizo un interesante estudio

---

(71) ZBIGNIEW BRZEZINSKI y SAMUEL HUNTINGTON decían que *el político soviético ingresa en la política igual que el norteamericano ingresa en la carrera sacerdotal o en el ejército. El aparato político se lo traga materialmente, y como carece de carrera privada en la que refugiarse, le es difícil escapar de él, si es que ello fuera concebible*, en Z. BRZEZINSKI; S. HUNTINGTON: *Poder político USA-URSS*, Guadarrama, Madrid, 1970, tomo I, pág. 196.

(72) S. DEL CAMPO; J. F. TEZANOS; W. SANTÍN: *op. cit.*, pág. 27.

(73) M. BAENA DEL ALCAZAR; J. M. GARCÍA MADARIA: *op. cit.*, pág. 9. Hay que tener en cuenta que de los burócratas señalados más de la mitad corresponden al cuerpo de catedráticos de universidad, y cabe preguntarse si habría que diferenciar este cuerpo burocrático de los otros dadas las características especiales de la enseñanza respecto a otros trabajos de la burocracia.

(74) Una revista ha publicado una relación de las personas vinculadas al Opus Dei en España en las élites de la política, de la economía y de los medios de comunicación. Esta revista señala que entre la élite política se pueden contabilizar 30 personas vinculadas al Opus Dei, todas ellas pertenecientes al Partido Popular, excepto una persona perteneciente a UPN, y otra a Eusko Alkartasuna; en *Temas para el Debate*, núm. 3, febrero, 1995, pág. 37.

sobre los centros de extracción política entre 1938 y 1957 en España en el que mostró que los tres canales esenciales de acceso a la élite estatal en la España de ese período fueron el ejército, la Falange y la Iglesia. En concreto, Jerez señaló que el canal de acceso a los altos cargos del aparato del Estado fue la Falange en un 34,9 por 100 de los casos, el ejército en un 40,4 por 100 y la Iglesia en un 24,7 por 100 (75). Además de las organizaciones religiosas hay que mencionar también entre los partidos de izquierda la importancia de los sindicatos como canales de llegada a la élite política. Norris y Lovenduski señalan no sólo que la mayoría de los candidatos laboristas entrevistados en su estudio pensaban que el apoyo sindical podía ser un factor muy importante, a veces decisivo, para llegar a Westminster, sino que muestran también que los candidatos con apoyo sindical tienen más éxito en cualquiera de las etapas del proceso de reclutamiento del partido laborista (76).

Si es interesante conocer cómo llegan los políticos a la posiciones de élite, como señaló Putnam, también es importante saber cómo dejan esas posiciones y cuándo. Este autor señalaba que la renovación alta de élites se asocia a períodos de crisis y la baja renovación está asociada a la estabilidad institucional. Además, la renovación de una élite dentro de una institución tiende a declinar a medida que la institución envejece (77). Existen, sin embargo, pocos datos para apoyar esta u otras generalizaciones. En España contamos con el trabajo de Juan Linz y Amando de Miguel sobre la élite de las Cortes entre 1943 y 1970 en el que ambos autores muestran que hay una continuidad básica de la élite a pesar de la aparente renovación de la Cámara (78). Un contexto interesante para analizar la continuidad y cambio de las élites es el de las transiciones democráticas. Baena del Alcázar y García Madaria analizaron en este sentido el grado de continuidad de la élite franquista después de la transición a la democracia y constataron la importancia de la presencia de la élite política franquista en las Cortes de 1979, un 20 por 100 de los componentes de esta legislatura. La renovación de la élite política fue evidentemente alta en este período pero, dadas las características pacíficas y pactadas de la transición, el grado de continuidad de la élite franquista fue importante.

Al margen de los datos señalados, no existen investigaciones sobre las transformaciones en la composición de la élite española en la transición democrática. Se han emprendido algunas investigaciones para conocer las transformaciones de las élites en los países del este de Europa. El Centro Ruso para la Investigación de la Opinión Pública realizó una investigación en 1992 en la que entrevistó a 1.812 pertenecientes a la vieja y a la nueva élite. En los primeros análisis surgidos de esa investigación se afirma que hay una importante continuidad de la vieja élite en la Rusia actual; un tercio de la *nomenklatura* del Partido está en la actual élite estatal mientras que otro tercio ocupa posiciones en la élite económica, es decir, el grado de reproducción de

---

(75) M. JEREZ: *Elites políticas y centros de extracción en España, 1938-1957*. CIS, Madrid, 1982.

(76) P. NORRIS; J. LOVENDUSKI: *op. cit.*, pág. 149.

(77) R. PUTNAM: *op. cit.*, pág. 66.

(78) A. DE MIGUEL; J. LINZ: «Las Cortes Españolas 1943-1975: las élites», *op. cit.*, pág. 118.

la élite rusa es muy elevado, más elevado que en Hungría y Polonia, señala Natalia Ershova (79).

Ahora bien, ¿qué efectos tiene la alta o baja circulación de la élite política? Cabe suponer, en primer lugar, que la alta circulación es signo de buen funcionamiento del sistema democrático que impediría la perpetuación de los líderes en el poder. Pero lo cierto es que en los sistemas democráticos estabilizados hay una tendencia al aumento del tiempo de permanencia de las élites políticas en el poder (80). La profesionalización de la democracia es la directa responsable de esta tendencia. Parece demostrado que la renovación de las élites facilitará actitudes favorables a cambios en las políticas lo cual, claro está, puede ser positivo o negativo, dependiendo del punto de vista ideológico. Ahora bien, el alto grado de cambio origina también un problema, el de la inexperiencia de la élite, lo que, dada la creciente complejidad del sistema político, puede también tener algunos efectos negativos (81).

#### NUEVAS TENDENCIAS Y NUEVOS CAMPOS EN LA INVESTIGACION DE LAS ELITES POLITICAS

No se conocen bien los procesos de circulación de las élites, ni tampoco su papel en las transiciones. Ahora bien, en el contexto del enorme interés suscitado por los procesos de transición democrática en los últimos años, se han abordado algunos análisis del papel de las élites políticas en las transiciones a la democracia como el interesante trabajo editado por John Higley y Richard Gunther que contiene un artículo de Richard Gunther sobre el papel de las élites políticas en la transición española (82). Sin embargo, en la mayoría de estos trabajos hay pocas investigaciones basadas en entrevistas a las élites. Se analiza a las élites a través de sus decisiones y declaraciones públicas, pero no a través de una profundización de sus actitudes

---

(79) N. ERSHOVA: «The Transformation of Russia's Ruling Elite Under Conditions of Social Crisis», *Sociological Research*, vol. 34, may-june 1995, pág. 47.

(80) KLAUS VON BEYME señala que el tiempo medio de permanencia en el poder de los miembros del Bundestag sobrepasa en algo los nueve años y tiene tendencia a prolongarse; en K. VON BEYME: *op. cit.* Naturalmente, el dato apuntado por este autor es sólo uno de los que tenemos que conocer para analizar las características de la circulación de la élite política; habría que añadir todos los cargos políticos ocupados anteriormente y posteriormente a la permanencia en el Bundestag.

(81) JUAN CARLOS AGULLA destaca como un rasgo negativo del sistema político argentino lo que llama, en términos de su surgimiento y formación, *la improvisación de la clase política*; en J. C. AGULLA: «La clase política argentina: reclutamiento y formación», *Revista de Estudios Políticos*, núm. 74, octubre-diciembre, 1991.

(82) R. GUNTHER: «Spain: the very model of the modern élite settlement», dentro de J. HIGLEY; R. GUNTHER: *Elites and Democratic Consolidation in Latin America and Southern Europe*, Cambridge University Press, Cambridge, 1992. También encontramos un análisis del papel de la clase política española en los mesogobiernos regionales y económicos en V. PÉREZ DÍAZ: *La primacía de la sociedad civil*, Alianza, Madrid, 1993.

personales (83). Es posible que esta perspectiva esté basada en el hecho de que algunos de los trabajos en este terreno están realizados por especialistas en transiciones democráticas y no tanto por especialistas en las élites. De ello se deriva que, al mismo tiempo que se ha abierto una nueva línea de análisis en el campo de las élites políticas, también surge la necesidad de añadir otros enfoques a estas investigaciones.

Otro apartado en el que los datos son escasos es el correspondiente a las relaciones entre las diferentes élites. Conocemos cada una de las élites, hay muchas hipótesis sobre las interrelaciones entre ellas pero pocas investigaciones sobre la cuestión. Un apartado de especial interés en este terreno es quizá el análisis de las relaciones entre las élites políticas y las intelectuales, y muy especialmente dentro de ellas, las élites de los medios de comunicación de masas. Cuando hay una evidencia cada vez mayor del papel esencial de los medios de comunicación en la política, el conocimiento más profundo de las vinculaciones de los miembros de unas y otras élites resulta más interesante que nunca (84). Para la investigación de estas relaciones las preguntas directas a las élites sobre el grado de conocimiento que tienen de otras élites se han revelado eficaces (85). También son interesantes y quizá no muy utilizados, probablemente por su enorme dificultad, los análisis de las interrelaciones familiares, de amistad, de intereses comunes, costumbres y hábitos de ocio, etc., entre las diversas familias influyentes de un país (86).

También habría que apuntar la necesidad de profundizar en el conocimiento de las relaciones entre los ciudadanos y las élites, lo que significa en este caso conocer

---

(83) Señalaba JUAN LINZ que contamos con muchos análisis basados en los datos biográficos de las élites políticas, pero que necesitamos conocer mejor otros aspectos como son sus motivaciones y su papel en sistemas políticos democráticos. Linz ofrece algunas sugerencias para realizar este análisis: *Necesitamos estudios mucho más cuidadosos de sus valores y actitudes, incentivos y dudas para dedicarse a la política, recompensas y costes de la actividad política, vínculos entre políticos y la sociedad, la forma en que los partidos eligen y rechazan a las personas con vocación política, la secuencia vertical de puestos mediante la cual los políticos suben dentro del partido y los caminos horizontales a través de los cuales entraron en el gobierno. Necesitamos comparar las democracias en todas estas dimensiones mucho más sistemáticamente, más bien que centrarnos en unos cuantos partidos*, en J. J. LINZ: *Los problemas de las democracias y la diversidad de democracias*, Discurso de investidura Doctor *Honoris Causa* por la Universidad Autónoma de Madrid, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 1992, págs. 44 y 45.

(84) KLAUS VON BEYME ofrece el dato de un estudio publicado en 1989 según el cual los diputados alemanes respondieron en una encuesta que los periodistas (79 por 100) eran sus principales consejeros, por detrás de los compañeros de partido. De este modo, los periodistas se situaban a la cabeza de las élites externas a la clase política; en K. VON BEYME: *op. cit.*, pág. 84.

(85) SIDNEY VERBA muestra interesantes resultados obtenidos a partir de una pregunta sobre el grado de conocimiento de otras élites en su investigación de las élites japonesas, norteamericanas y suecas; en S. VERBA (ed.): *op. cit.*, págs. 64 y 65.

(86) Véase, por ejemplo, D. BALMORI; S. F. VOSS; M. WORTMAN: *Notable Family Networks in Latin America*, The University of Chicago Press, Chicago, 1984. Dentro de este enfoque existe un trabajo brillante sobre la élite intelectual parisina, H. HAMON; P. ROTMAN: *Les intellocrates*, Ramsay, París, 1981.

las percepciones que los ciudadanos tienen de las élites (87). Hay investigaciones sobre las élites que han estudiado el grado de influencia de las diferentes élites que se percibe desde la sociedad (88). Pero, además, distintos trabajos han intentado conocer la forma en que los ciudadanos perciben a las élites (89). En el contexto de lo que parece una imagen crecientemente negativa de las élites políticas entre los ciudadanos, podría ser de interés profundizar en esa línea de reflexión. Cabe apuntar también como posible campo de interés en la investigación de las élites políticas el análisis de las élites de los nuevos partidos surgidos en Europa, básicamente los partidos surgidos de los movimientos sociales. Señala Von Beyme que el perfil social de las élites de los Verdes alemanes es prácticamente igual al de las élites tradicionales (90), pero, ¿cabe generalizar esta apreciación a otras nuevas élites políticas europeas? y ¿se mantienen también actitudes hacia el sistema político semejantes a las élites tradicionales? Por último, podría tener un enorme interés un aspecto sugerido por Juan Linz y tradicionalmente olvidado en los análisis de élites políticas a pesar de su aparente *obviedad* (91). Se trata de la vocación política: ¿de dónde surge esa vocación?, ¿qué componentes tiene?, ¿qué nos sugiere sobre la actividad política y sus principales protagonistas?

---

(87) No hay que descartar tampoco el interés de trabajos en torno a los conocimientos que las élites tienen sobre las percepciones de los ciudadanos que no siempre son atinadas como cabría esperar de su posición; así lo muestran, por ejemplo, P. DEKKER; P. ESTER: «Elite perceptions of mass preferences in The Netherlands; biases in cognitive responsiveness», *European Journal of Political Research*, vol. 17, núm. 5, September, 1989.

(88) Véase N. NEVITTE; R. GIBBINS: *New Elites in Old States*, Oxford University Press, Toronto, 1990.

(89) THOMAS DYE muestra que la confianza de los ciudadanos norteamericanos en la élite política ha descendido de forma notable en los últimos veinte años, en T. DYE: «Elite Autonomy and Mass Disaffection: Can Elite Competition Undermine Regime legitimacy?», ponencia presentada en el XVI Congreso Mundial de Ciencia Política, celebrado en Berlín, 21-25, agosto, 1994.

(90) K. VON BEYME: *op. cit.*, pág. 129.

(91) J. J. LINZ: *Los problemas de las democracias...* *op. cit.*, pág. 45.

